

Cruz y raya en los libros

RESEÑA Y CRITICA

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

HANKE, Lewis. *Bartolomé de Las Casas; letrado y propagandista*. Introducción de Andrés Pardo Tovar. Bogotá, Tercer Mundo, 1965, 166 p.

CRITICA

Desearía que se tuviera en cuenta, a propósito de un tema tan controvertido como el del padre Las Casas, esta realidad personal: que la "leyenda negra" siempre me ha dejado sin cuidado. Muchos, muchos, cuando asoma su rostro, que consideran atroz, terriblemente monstruoso, algo así como el monstruo de los monstruos, tremulan hasta el delirio, piafan con vehemencia de bestia apocalíptica y reclaman, fustigándose a sí mismos, como también al paisaje y al aire, ser escuchados para destruir tal engendro. Yo no. Siempre que por cualesquiera razones ella aparece a mi vera me hago bien cargo de que estoy frente a eso: ante una *leyenda*. Precisamente la leyenda de las leyendas. Como que es "negra" y como que es *política*. ¿Acaso —me digo— el setenta por ciento, por lo menos, de la política no está compuesto de decires? Cabrá agregar todavía otra cosa: me inquieta con mayor hondura la *leyenda blanca* de España, por España y para España. Cuando a un país se le colocan alitas de ángel —así en diminutivo— es porque ha cesado su historia. ¿Quién hablaría de dinamismo nacional ante estos bobalicones Zenones de Elea, o sea, ante estos incandescentes defensores de Iberia, cuyo criterio niega el movimiento histórico, cuyas representaciones ideales de la hispanidad, cuando no son perennes paraísos, más allá del tiempo y del espacio, son asfixiantes cortinas de humo que el viento bambolea? Allá, en la "leyenda negra", hay vida; aquí muerte. Encima de todo esto, ¿qué es España? ¿Se puede, para los fines de esta crítica, buscar una definición vuelta del revés? Hela acá: España no es un país de hienas ni mucho menos de almas en estado absoluto de gracia. Estamos ya en posesión de una verdad negativa, fecunda tal vez. Sabemos lo que España *no es*. Sabemos, con efecto, que no es "leyenda negra". Ni *blanca*. Pero los crímenes que denuncia Las Casas, ¡ah, los crímenes de Las Casas! ¡Oh, la *doble personalidad*, la insania, la ira del paranoico obispo de Chiapa!

Dejemos, empero, estas exclamaciones que, en cuanto tales, el hombre moderno se ha reservado solo para el film-horror o de serie negra, a lo Mario Bava con sus obras de suspenso, y vengamos al libro de Lewis Hanke. *Sensu stricto*, aunque dejando lo mismo de lado analizar su conocimiento fisiognómico, es decir, el estudiarle estilísticamente, cosa que no viene por fuerza al caso, conviene advertir lo más obvio: su exactitud, su minucioso rigor en la presentación no solo de sus ideas sino también de los documentos, notas y demás cuestiones que les dan fuerza a aquellas. Esto, que en los Estados Unidos o en Europa sería inoficioso advertir, en nuestro medio hay que subrayarlo perentoriamente. Desde hace mucho tiempo vengo sintiéndome perplejo ante la forma ingrávida, tornasolada, como se abordan los temas más serios. Por su noción de ligereza, casi toda obra colombiana de investigación se queda “en el umbral de la palabra”, y dentro de esta, en el adjetivo. Se trata, en verdad, de nuestra manía de pensar por imágenes. Habría que hablar, como ya lo hice en otro lugar, de la literatura, o mejor aún, del pensamiento en *hénide*. ¿Qué significa esto? Sin duda, un escribir nebuloso, en donde la sensación y el sentimiento son imposibles de aislar mediante la abstracción. Para simplificar diré que muchos posibles buenos ensayistas —no hablo de novelistas o poetas, claro está— se han quedado tendidos en el campo. Sirva, pues, el libro de Hanke de ejemplo para muchos, por lo que significa dar una lección de ausencia de impulsos intuitivos. No hay en él, además, o por lo mismo, *hiatus* o saltos. También puedo afirmar, la construcción crítica y exegética depende, no exclusiva, pero sí muy principalmente, de las fuentes consultadas. Dicha lección, sin embargo, es muy difícil de captar en Colombia. Téngase en cuenta que aún alcanza, ampliando nuestras fronteras, en la Colonia, al mismísimo fray Bartolomé, no obstante “su reputación de sabiduría”. Cabalmente de ello hablaré luego. Ahora debo averiguar en qué radica la esencia de *Bartolomé de Las Casas, letrado y propagandista*.

Comprimiendo hasta el máximo el pensamiento de Hanke, lo desenvuelvo sobre los siguientes hechos biográficos: Las Casas nació en Sevilla en 1474 y murió en Madrid en 1566. Su padre estuvo en América con Colón. Fray Bartolomé estudió cánones en su ciudad natal y se embarcó en 1502 para Santo Domingo, donde se ordenó. Su sensibilidad experimentó, en 1514, “un cambio radical”. Al año siguiente ventiló en España, por primera vez, la causa de los aborígenes; en consecuencia, aquí aparece en el escenario de la historia. Regresó a Santo Domingo y se hizo dominico; volvió a la península para luego pasar a México y Guatemala. Allí nuevamente emprendió ante Carlos V la defensa de los indios, oponiéndose, hacia 1519, a las ideas de Ginés de Sepúlveda. El emperador consultó el asunto con algunos teólogos de Valladolid. Consiguió entonces Las Casas que se otorgasen las leyes de 1553, todas favorables a sus protegidos. Se le ofreció el obispado del Cuzco que no quiso ocupar, y aceptó, en cambio, el de Chaipa. En este lugar permaneció varios años, hasta que renunció. Además del citado Ginés de Sepúlveda, en su larga contienda tuvo como opositores, entre varios, a Bartolomé Frías Albornoz, a Fernández de Oviedo y a Motolinía. De sus obras la más conocida es la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Vehemente y demoledora. Algunos

opúsculos se publicaron en 1552; el resto de sus escritos, o sea lo mejor, porque ahí está su *Historia de las Indias*, su *Apologética histórica sumaria*, fue viendo la luz pública paulatinamente de 1875 en adelante; ahora, todavía parte de ellos permanecen inéditos. Y es que, efectivamente, sean las que sean las palabras escogidas, “fue sucesivamente —copio a Hanke— reformador en la Corte española, colonizador fracasado en Venezuela, monje en la Española, opositor de guerras que consideraba injustas en Nicaragua, defensor de la justicia debida a los indios en acerbos debates con los eclesiásticos de México, promotor de un plan para reducir y cristianizar por medios pacíficos a los aborígenes de Guatemala, victorioso agitador —en la corte de Carlos V— en defensa de las nuevas leyes y, finalmente, obispo de Chiapa. Después de su retorno final a España, en 1547, cuando contaba ya setenta y tres años de edad, figuró como defensor de los indios durante las últimas dos décadas de su existencia, en que también publicó algunas de sus obras más importantes”. Conclusión: Las Casas, gracias a su *extra-ordinaria* disputa a favor de los nativos de América Latina, obtuvo cuatro grandes consecuencias. En primer lugar, se granjeó la confianza de la Corona sin que, al parecer, mediara ninguna censura oficial; pensando en remediar la explotación de los indios, lo segundo, propuso la importación de esclavos negros para el trabajo de los ingenios y las minas, si bien, y como anota Hanke, “se arrepintió amargamente”; ingleses y franceses, en tercer lugar, se aprovecharon políticamente de sus denuncias, y, por último, la susceptibilidad española desde las primeras obras que entregó a la imprenta corrió *in crescendo*, sin discontinuidades.

Es más: Hanke hace muy bien en destacar “sus sólidos merecimientos como historiador, antropólogo y teórico político”. O digamos inversamente: poco o nada significaría hoy un estudio sobre Las Casas concebido para defender a los conquistadores de los cargos de inhumana conducta y contumaz felonía, afirmando que otros pueblos y hombres, aun en circunstancias más benignas, cometieron —y cometen— crímenes atroces. Yo no veo por qué se deban hacer estas suplantaciones. ¿Cuál es, por ejemplo, el beneficio que podría obtener España si se transcribiera, según voy a hacerlo, un anatema contra la Italia de Mussolini dicho a Galeazzo Ciano por uno de sus confidentes? “Lo único que podría ya sorprenderme —cuenta en su famoso diario el conde que Riccardi se desahogó de este modo— en el régimen sería un hombre preñado; porque lo demás lo hemos visto todo”. *Hiroshima, mon amo ur*: no se olvide. Y bien..., en cuanto a la personalidad humana de Las Casas, Hanke declara que la información que se posee “es lamentablemente reducida”. “Ningún contemporáneo suyo describió —nos aclara— su apariencia física, ni existen de él retratos auténticos, ningún humanista ha intentado documentar su vida cotidiana” (...). Sin embargo, uno quisiera atisbarlo con vehemencia, por lo menos, lograr percibir su ceño latente y misterioso, captar algunos de sus rasgos, aun a trueque de emplear ciertas alquimias. ¿Quién fue este hombre? ¿Cómo es posible que de tan formidable “energúmeno” —energúmeno desde la cuna, energúmeno siempre, solo energúmeno— nos haya hurtado su propia figura? Y aquí, entonces, uno se halla inerme, solo, desamparado, frente a esta hirsuta realidad: *Las Casas*. Porque si logramos saber algo definitivo

de él, no hay duda, sabremos, esto es, comprenderemos hoy la verdadera "materia" de que estuvo hecha su vida humana. Porque si podemos llegar hasta "el agua de su principio", como él escribía, tendremos la explicación de la dual identidad *amor-odio* que, remontándose tiempo arriba hasta nosotros, marcó su vida y su época. Porque la publicación de documentos, fechas, nombres, etc., apenas constituye —y el método de Hanke a este respecto es elocuente— un fragmento de la historia.

A Las Casas, a Las Casas que obliga en nuestra época a hablar de él, se le debe buscar dando un periplo. Pues se trata de conocer su historia esencial y honda. Mas, por fortuna, la vida de un hombre, y sobre todo vista desde tan lejos, como trato ahora de columbrarla, no se reduce a lo que le pasó entre una fecha de nacer y otra de morir. Si el destino y el azar vienen allí a término, acabó, claro está, su acto vital; pero solo desaparecen dos de sus tres grandes dimensiones. Queda —*in vacuo*— el carácter; lo que llamo su historia esencial. Es eso gracias a lo cual Las Casas reaccionó, como efectivamente reaccionó, cuando aquellos, azar y destino, pulularon presionándole donde y como quisieron. Luego preguntémonos: ¿en qué sitios hoy, es decir, a 399 años de su muerte, podremos encontrar las huellas de su carácter? ¡Ah!, pues en los *monumenta* expresado en la terminología de Vossler. O sea en los grandes hechos espirituales de la Conquista. Pero esto equivale desde luego a invertir el método histórico utilizado en el libro que critico. Hanke explica a Las Casas partiendo de los *documenta*, volviendo a utilizar la terminología vossleriana. Yo creo, por el contrario, que cabe el procedimiento inverso, a saber: que los *monumenta* de la Conquista nos dan fe completa de la historia esencial de la vida del sevillano. Y, en efecto, ellos o, mejor aún, lo que sabemos de este período sin recurrir a los escritos lascasianos nos revelan esa historia. Entiéndase que es la Conquista la que simboliza, y en gran parte constituye, ciertamente, el alma de este hombre excepcional. Lo contrario equivaldría a afirmar una casualidad. Más exactamente: sería tanto como pensar que por arte de no se qué brujería se le empujó desde otra época, obligándole a montar un escenario y a hacer un papel que no eran los suyos.

He afirmado que la historia esencial de Las Casas se encuentra en los grandes hechos espirituales de la Conquista. Pero permítaseme interrogar una vez más, en este ensayo donde "¡Dios mío, he venido con la semilla de las preguntas!": ¿todos esos grandes hechos espirituales y aun materiales de la Conquista podemos reunirlos en uno? ¿El conquistador?... Sí, a última hora e instancia, su egregia figura ilumina las zonas diurnas y nocturnas de aquellas oquedades —por lo menos, el lapso que va de 1492 a 1566, año de la muerte del Apóstol. Alguna vez yo me lo representaba así: "Hierro, sudor y polvo, el Cid cabalga". Lo creía viviendo a la intemperie tan solo. Cabalgar, matar, jadear y rebosar eran para mí, por entonces, sus masculinas calidades. Perfectamente. Pero, ¿nada más que eso? Comencé, al salir de la mocedad, a ver algo de mayor sustancia. Pues sabía que en quince años fantásticos los españoles conquistaron desde la Florida hasta la Patagonia, sabía que en semejante jornada regaron su semilla espiritual y carnal, y sabía —lo mismo— que esos hierros y esos sudores —eso sí, inagotables— encerraban, sin otra consideración, una irrefragable sequedad. He aquí la sensación turbadora: porque de pronto comprendí

que era un alma presta a dispararse sin medida; un alma violenta y descomunal; un espíritu instintivo, completamente sanguíneo; en suma, *irracional*. Y es muy revelador, sobremanera útil, percatarse de lo que significa aquí ser *conquistador irracional*. No hay duda de que es un hombre obsesivo, fantástico, alucinante. Por eso es, ante todo, conquistador. Lo formidable, lo excesivo de este hombre está ahí, e invita a definírsele como un ser absurdo e incoherente. Debido a que, no obstante su *acción* en las cimas sociales, ha sido trabajado adentro; desde el plano infrarracional, subjetivo. ¡Sin ser infrahombre! Ambiguo, omnisciente, enhiesto, estrambótico no se arrastra por su mundo, no sigue el curso natural de su vida. Ni se aparta de su perturbadora obsesión. ¡No, no jura más que por su verdad! Por sus angustias, sus necesidades, sus sufrimientos, sus desamparos y... sus sueños. ¿Se cree que no basta esto para transformar una tierra en una greda de locura y abyección, de líbido y perversidad, de horror y furia? ¿Y, además, de frenesí y gloria, de santidad y humilde postración? Después de todo, para un alma así tan fantástica, ensueño total y cruda realidad son una misma cosa: depredaciones abisales, pánicos estremecedores, y espasmos de dios y de demonio.

Yo no veo cómo entender la Conquista si no es reconociendo en el hombre que la fraguó a un ser extraordinariamente apasionado, profundamente metido en su yo. Y mucho menos cómo explicar a Las Casas. Nos encontramos, con ambos, en el polo opuesto del alma racional. Todo pasión, todo voluptuosidad de lejanías, en esta sensibilidad, tan absolutamente recargada de temperamento, se incrustó, precisamente, Las Casas aportando, ¡como si fuese poco!, su dinamismo exacerbado y las explosiones constantes de su espíritu barroco.

Reléase, por una parte, el libro de Hanke. Basta advertir el carácter ligero y fugaz, en verdad arbitrario que tendrían, sin más reflexión, es decir, sin el enfoque que propongo, estas expresiones allí claroscuras: “defensor de la justicia en *acerbos* debates”; “sus *furiosos asaltos* sobre muchas de las grandes figuras de la conquista”; “su, en ocasiones, *difícil* estilo”; “frases tan *laberínticas*”; “un fraile *disputador*”; “su *apasionada* convicción”; “aunque estos tratados abundan en *fuego y azufre*”; “cierta *falta de orden y equilibrio*”; “cuando del número de aborígenes muertos o maltrechos se trata, su testimonio *no es válido*”; “a fin de condenar *ásperamente*”; “ni fue ‘objetivo’ *ni deseó serlo*”; “ese *furor* en su *historia*”; “a pesar de sus *errores*”; “*eléctrica naturaleza* de su espíritu”; “cantan *inflamados acentos*”; “tan *vigoroso* y diestro propagandista”; “desplegó toda la *reciedumbre y celo*”; “enredose en numerosas y *ardientes disputas*”; “no menos *combativo*”; “un verdadero *desafío* a los conquistadores”; “*agudos y punzantes ataques*”; “*terribles acusaciones*”; “acriminando *perpetuamente* su conducta”; “sus escritos narrativos y *polémicas*”; “sus *emocionales estadísticas*”; “en sus *exageraciones*”; “este dogmático y *colérico* varón”; “suscitaba la amargura y la *animosidad* de los demás” (subrayados míos). *Et sic de caeteris*.

Y, por otra, hágase un retrato del espíritu de Las Casas. Al decir esto no sugiero nada que sea imposible. Todo lo contrario. El sevillano es un hombre de pluma. Y tratándose de estos, nada tan denunciador del ca-

rácter como lo escrito, puesto que es el producto de un choque entre el yo mimético y lo que le rodea. Ahora bien, las antiguas preceptivas distinguen del retrato —o reproducción física— la etopeya: o reproducción espiritual del hombre. Para la primera basta cualquier espejo; en cambio, para la etopeya no. Hay que afirmar: el retrato espiritual requiere, primero que todo, calidad de espejo; requiere, en vez de azogue o cristal, la autoetopeya —el retrato espiritual— cabalmente. El escrito, pues, reproduce al hombre. De abajo arriba, y viceversa; por tanto, todo escrito si se le escruta a fondo nos entrega algo más que la parte mental y platónica de su autor. La racional, lector, no es la única medida de lo humano... “El sueño de la razón produce monstruos”, confesó Goya. O, en otra forma dicho aquello: toda obra posee un grado de *conflictualidad interna*. Mas entiéndase: esta *conflictualidad* no representa, por sí misma, realidad biográfica ninguna. Se refiere a algo abstracto que, como los “lugares vacíos” algebraicos, hay que saber llenar con ciertos datos a fin de que se transformen en algo concreto y, por lo mismo, real. Sugiero, en consecuencia, se analice —y se discuta— la obra de Las Casas sobre estas tres bases: *temática, eje de interés y subtemas*. O mejor aún: estudiar los dos últimos, ya que toda *temática* gira en torno a un *eje de interés*. Fuera de esto se deben estudiar igualmente, puesto que inundan toda la obra, en su caso como lava, las *palabras claves*. Por razones que el lector comprenderá tal estudio en este ensayo será apenas una aproximación; de lo contrario, habría que esperar un libro. Con esta salvedad vaya, pues, lo que sigue.

Pero aun sin estudiar plenamente la obra de Las Casas, se alcanza lo bastante para saber cuál es su *eje de interés*. Recuérdese: se le distingue como el *Apóstol de los indios*. Su secreto revela —dado que exista tal secreto— en vez de ocultar, su substancia. Y por eso hasta la más humilde e íntima de las páginas de cada uno de sus libros, sin excepciones de ninguna especie, está trazada para denunciar la injusticia del conquistador contra el indio; pero, y según nos lo comprobará el estudio de sus *palabras claves*, de manera obsesiva, alucinante, hirsuta. De allí ese aspecto oscuro y desesperado, diríase *nihilista*, que tienen muchas de ellas. ¿Cuál es, para derrumbar mi teoría, la página, siquiera el renglón, donde aparezca sereno, ecuánime y, en cierto modo, justo? Ni es lícito esperarlo; porque la *estructura* de sus obras está levantada también sobre su perturbadora obsesión. Mirémosla en lo que a mí me parece esencial: va, en contrapunto, de ternuras y arrobos a crímenes y horrores, de consonancias a disonancias, de confusión narrativa a breves abismos de claridad. A esto se agrega, para complicar las cosas, los *subtemas*. En ellos vuelve Las Casas a ansiar, a odiar, a amar, a herir, y todo en gran medida. Y... de manera asistemática y confusa. Cuantos han leído sus libros, o se han acercado simplemente a los índices, lo saben: lo sabrían igualmente quienes a título de grafólogos o de sicólogos se les acerquen para pulsar las reacciones emotivas del hombre, sus digresiones y sus pormenores, su extensión, su memoria, la obsesión y singularidad de esta, sus lecturas, sus recuerdos, sus sueños, sus historias inconexas, sus curiosidades, la noticia, por ejemplo, de Avicena o de Aristóteles, su arrobos ante la “Providencia Divina” y la reseña de “muchos Hércules”, todo su mundo moral y cultural.

En suma: lo histórico y lo atemporal. La pura verdad es que tal infinidad de cosas no puede traducir sino abigarramiento de su alma. ¡Qué casualidad!

¿Y las palabras claves? Abramos al azar su *Historia de las Indias*. Este dios atroz, sin alma —el azar— ciego, como le creían los primitivos, nos acaba de aventar sobre la página 474. Ahora copiemos algunos de sus vocablos: *aflicciones, angustias, trabajos, daños, fuerzas, violencias, pérdida, desenfrenada, vergüenza, mancilla, mataban, destruían, crueldad, asaeteaba, cortarlo, despedazaban, desjarretábanlos, estocadas, matarla, execrables, crueldades, vejaciones, malos, tributos*. Basta; no inventariemos más, porque, entre otras razones, son inagotables. ¡Todas ellas en 25 renglones y en un tomo de 600 páginas! Como los griegos, que hacían de todo lo importante un dios, Las Casas diviniza, para expresarlo de este modo, cada palabra, y, por eso, lo primero que hace es conferirle sobrehumano poder detonante, fuerza de rayo o de centella. Mas como lo divino no tiene *terminus* —si he de continuar con el símil— la hace confusa, difusa. Su significación, pese a apuntar a blancos demasiado precisos, es in-finita, in-acotada e in-definida. Quisiera, antes de proseguir, extraer una consecuencia de ello. Sabido es que Aristóteles expresa la idea de concepto con “lo acotado” —*hóros*—: o sea que fray Bartolomé, pese a su trato frecuente con este filósofo y con otros, tuvo la mente menos organizada para tal “modo de pensar”. La cuestión es atrayente, pero volvamos a las palabras lascasianas. Por tanto, quede también establecida la sospecha de que su pensamiento no es definido, exacto, *acotado*. Con las palabras claves de Las Casas nos encontramos, pues, de nuevo ante una muchedumbre de cosas intuitivas. Así, hemos logrado la última determinación que buscábamos. La cual nos entrega definitivamente la historia esencial de este formidable *anti-Hermes*: el dios muy antiguo, el dios de los caminos ciertos y de los límites acertados.

Pues bien: fray Bartolomé de Las Casas, a la vez *irracional* y creador, tuvo un espíritu en el cual dominaron, según se desprende todo lo dicho, el *contrapunto*, la *simultaneidad*, la *impresión*, la *intersubjetividad*, el *monólogo interior*, sin olvidarse, por esto último y para hacerse más formidable, de la realidad exterior. Así se explica que su espíritu, en sus obras, y fuera de ellas, claro es, se anega como *para sí mismo*, pero las palabras o acciones de los otros lo desbordan, *simultáneamente* con las propias; después, apremiado por su instinto irreprimible de su *subjetividad*, estas acciones las exagera —¿y por qué no decirlo?— las modifica a su amaño. Finalmente, en incoherencia sostenida, e imprecisa atmósfera conceptual, es decir, ambiguo, irritado, las comunica de igual modo; sin más, *contrapunteándolas*. Pocas palabras bastan para resumir este estado de alma: en sucesivas y caudalosas *impresiones*.

Esta es, a mi juicio, la verdadera sustancia espiritual e histórica de Las Casas. Su gigantesca cosecha procede de no haber separado nunca sus pasiones de sus ideas. Y ¿no radica en esto —la idea como pasión— el gran descubrimiento de España? Frente a las ideas puras, igualmente abstractas, del francés o del alemán, estos hombres de España se atreven a oponer la carne de su ideal a Dios, al mundo, al hombre. Y con cuánto

coraje, ¡Señor! Como Don Quijote. Como Don Juan. Como Loyola. Como ese mágico teniente que un día levantó su alarido: “¡arriba los muertos!”. Tal es la fórmula de la espiritualidad española. No es la idea, sino la idealidad; no es la coherencia, sino la pasión. Y, a veces, al vivo rojo. Del mismo modo, Las Casas. ¡Helo ahí, español hasta los tuétanos, gritando su ferviente monólogo a favor de la esencia del hombre, su espíritu, su carne, su alma, su materia! Y helo ahí levantándose, corpóreo e incorpóreo, místico, fosforescente, de su ideal exclusivo y excluyente, para agarrarse a la piel de Iberia y clamarle:

Tu duca, tu signore e tu maestro (1).

(1) “Yo sigo detrás de tí, porque tú eres mi guía, mi señor y mi maestro”. (Dante).